

**LA VIRGEN DE LA AMARGURA**  
(Iglesia de San Juan Bautista.  
Vulgo de la Palma. Sevilla)

Presagiaba la mañana  
que había de ser el día  
de un agobiante calor.  
Detrás de la celosía,  
la calle, que despertaba  
con mil rumores al día,  
contemplaba con agrado  
una mujer, mas su vista,  
al posarse en la ventana  
que había frente a la suya,  
humedecióse, y de allí  
alejóse conmovida.  
Hacia un negro tocador,  
cuya luna se veía  
destacar de entre la sombra  
de la alcoba recogida,  
se dirigió, y lentamente,  
a prenderse la mantilla  
comenzó. Su pensamiento  
giraba, mientras lo hacía,  
alrededor de la dueña  
de aquella humilde casita  
cuya ventana se hallaba  
frente a frente de la suya.

¡Qué mujer tan admirable!  
¡Qué virtud! ¡Qué valentía  
ante todas las desgracias  
que su existencia afligían!  
Y aquella virtud callada,  
oculta y desconocida,  
proporciones gigantescas  
tenía en aquellos días,  
en que, al dolor, se mezclaban  
la infamia y las ignominias  
con que la afligía el ser  
que lo era todo en su vida.  
Veinte años no contaba,  
cuando la guadaña fría  
de la muerte, entró en su casa,  
y la vida honrada y limpia  
de su marido, segó  
con despiadada energía.  
Quedóse sola la joven,  
muy sola, frente a una cuna  
en la que un niño pequeño  
con inconsciencia reía.  
No se abatió. Su dolor  
dominó, y con valentía,  
con la oración como escudo,  
hízole frente a la vida.  
Abrió taller. Su buen gusto  
y habilidad exquisita  
pronto se hicieron famosos.  
Dalmáticas y casullas,  
palios y mantos, escudos,  
estandartes y manguillas,  
para toda la ciudad

en su taller dirigía.  
A través de los calados  
de su oscura celosía,  
siempre sobre el bastidor  
se veía su figura,  
y sus manos transparentes,  
el oro y la plata fina  
combinaban sin descanso  
con primor y maestría.  
Creció el hijo idolatrado  
entre arrullos y caricias.  
Fueron sus ojos abriéndose  
a las luces de la vida,  
pero no vieron la antorcha  
de santo amor encendida,  
que en llamas de sacrificios  
junto a él se consumía.  
Comenzó para la madre  
el calvario de su vida.  
No hubo tugurio al que el hijo  
no acudiera, ni disputa  
en que su nombre no fuese  
pronunciado. Parecía  
imposible que a tal ser  
le hubiera dado la vida  
aquella mujer, espejo  
de la virtud más crecida.  
Súplicas, llanto, amenazas  
que en nada le conmovían,  
todo lo intentó la madre  
con su ternura infinita.  
Mas fue en vano, porque el hijo  
que todo se lo debía,

prendido en falsos halagos  
y amigos que le aplaudían,  
alejóse para siempre  
de aquella mujer bendita.  
Lloró la madre, con lágrimas  
tan dolorosas, su huida,  
que unos cercos violados,  
en torno de sus pupilas  
quedaron, como honda huella  
del pesar que la afligía.  
Al hogar abandonado  
fueron llegando noticias,  
que el corazón de la madre  
taladraban y encendían  
de rubores su semblante  
de palidez ambarina.

Y despiadada, cruel,  
llegó la noticia un día,  
de que en unión de unos cuantos  
amigos de fechorías,  
asaltaba en los caminos  
con la infamante cuadrilla.  
Ocultóse avergonzada,  
cerróse la celosía,  
y ya nadie volvió a ver,  
aquella faz dolorida.  
¡Víctima del hijo ingrato  
era la madre heroína!  
Cogiendo el grueso breviario,  
de la alcoba recogida  
salió la mujer, que antes,  
detrás de la celosía  
contemplaba la ventana

con mirada entristecida.  
A la parroquia cercana  
llegaba, cuando tañía  
la campana el tercer toque  
para la primera misa.  
Al verla venir, alzóle  
una vieja la cortina,  
y, apenas hubo pasado,  
volvióse hacia su vecina.  
—¿Conocéis vos —preguntóle—  
a esta señora, que a misa  
viene siempre la primera  
y que se va de las últimas?  
—Bien se ve que sois nueva  
en esta feligresía,  
y que ha poco vivís  
en la ciudad de Sevilla—  
contestó la interpelada.  
—Se llama doña Luisa,  
y es su apellido Roldán,  
lo cual hace que en Sevilla,  
tan sólo por La Roldana  
se la conozca. Es artista  
de lo mejor en su oficio,  
¡es escultora! Sentía  
desde muy niña, afición  
a cosa tan peregrina.  
Fue su padre su maestro,  
¡que ella es de rama de artistas!,  
y fue tan grande su arte  
para manejar la gubia,  
que si al padre no aventaja,  
que le iguala, es cosa fija.

Las iglesias y hermandades  
le encargan sus esculturas,  
y las obras de sus manos  
se disputan a porfía.  
Cierto es, que ella les da  
un no sé qué de ternura,  
que si es infante la imagen,  
¡está pidiendo una cuna!,  
si es un ángel, al mirarle,  
lo que es gloria divina  
se siente, y si es una Virgen  
lo que talla, ¡maravilla  
que no ande!, pues parece  
que ella les infunde vida.  
Diéronle ha muy poco tiempo,  
tan solamente unos días,  
el encargo de una Virgen  
de los Dolores. Sería  
cosa digna de que vierais,  
con qué devoción se humilla  
para recibir a Dios  
antes de coger la gubia.  
Y dicen que, cuando tallan  
una imagen dolorida  
de Nuestro Padre Jesús  
o de su Madre divina,  
al pensar en sus dolores,  
ella solloza y suspira.  
Mas advierto que, charlando,  
hemos perdido la misa,  
cosa será de quedarnos  
a la siguiente—. Sumisa,  
siguió tras ella la nueva

feligresa. La cortina  
cayó tras ambas, y a poco,  
aun más devota y sencilla  
atravesó su dintel  
aquella afamada artista,  
que sólo por la Roldana  
era nombrada en Sevilla.  
Ya caldeaba las calles  
un sol que hería la vista.  
Pegada al muro, que en sombra  
a tal hora se veía,  
regresaba hacia su casa  
aquella mujer artista.  
Un rumor, como el zumbido  
de cien colmenas reunidas,  
se fue acercando, creció,  
y por la calle vecina,  
en confuso torbellino,  
vio a la gente que corría.  
Pasó el tumulto. A la calle  
por donde iba, la artista  
vio acercarse una mujer  
desemblantada y convulsa.  
Mujer que ha llorado mucho,  
en torno de sus pupilas,  
grandes círculos morados  
ostentaba. Peregrina  
debió de ser la belleza  
de su rostro, pues que mustia  
y ajada por el dolor,  
aún hermosa se veía.  
Al aire su cabellera  
tan negra como la endrina,

algunas hebras de plata  
dejaba ver confundidas.  
Levantábase su pecho  
cual si estertor de agonía  
la ahogara, y en su garganta  
no entrase el aire. Su vista  
clavaba lejos. Sus ojos,  
que ansiosos se dirigían  
anublados por el llanto  
más allá, nada veían.  
A su lado, otra mujer  
le hablaba en voz conmovida,  
mas ella, sorda a palabras,  
lejos la nublada vista,  
siguió marchando, y, sin verla,  
pasó rozando a la artista.  
Tembló esta al conocerla.  
¡Era su triste vecina,  
la mujer toda heroísmo,  
sacrificio y desventuras!  
¿Qué nuevo dolor el suyo?  
¿Qué nueva pena la hería?  
Siguió tras ella anhelante,  
en sus dolores prendida.  
Alcanzóla y preguntó:  
—¿Qué os sucede? Si una amiga  
precisáis a vuestro lado  
contad conmigo—. Su vista  
no desvió la mujer  
para mirarla. Seguía  
con los ojos arrasados,  
fijos en la lejanía,  
cual si buscara una prenda



de mucho valor, perdida.  
Agitáronse sus labios,  
cual si estertor de agonía  
fuera a exhalar, y, de ellos,  
en santo amor encendida,  
salió sólo la palabra  
que compendiaba su vida.  
—¡Mi hijo! —Calló de nuevo,  
y, cual si nueva energía  
le infundiera tal palabra,  
volvió a caminar. La artista  
volvió entonces su mirada  
a aquella buena vecina  
que encontrara junto a ella.  
Dolorosas y fatídicas  
sonaron en sus oídos  
sus palabras. —La cuadrilla  
ha sido presa, señora,  
los traen para Sevilla.—  
En aquella madre mártir  
clavó sus ojos la artista,  
en silencioso homenaje  
a su dolor sin medida.  
Prosiguieron caminando.  
Por una calleja oculta  
fueron a dar a una plaza  
en que, la gente, reunida,  
esperaba el pronto paso  
de la triste comitiva.  
Ajena a todo rumor,  
ciega a todos, proseguía  
aquella madre modelo  
tras el hijo, que en su vida,

con el puñal del dolor  
causaba tan fiera herida.  
Un rumor, que fue creciendo,  
ya la llegada advertía.  
Adelantóse la madre,  
alcanzó la comitiva,  
y con el hijo abrazóse,  
silenciosa y dolorida.  
Paróse el triste cortejo,  
y la mujer afligida  
besó mil veces al hijo  
que su nombre escarnecía,  
besó sus manos manchadas  
por el delito, y unidas  
por una cuerda infamante,  
y aun diole su alma, abatida  
por el más grande dolor,  
alientos con su sonrisa.  
No se escuchaba un rumor.  
La emoción sobrecogía  
a todos los asistentes  
de esta escena. Parecía  
como si en todos los pechos  
ya no alentase la vida.  
El imponente silencio  
cortó una voz conmovida:  
—Lo siento por ti, pues yo  
tengo lo que merecía.  
Mas si salgo en bien, te juro  
hacerte olvidar mi vida.  
¡Por el Dios que está en el cielo  
te lo juro, madre mía!—  
Prosiguieron caminando.

Tras la triste comitiva,  
y tan sólo acompañada  
de la vecina y la artista,  
iba la madre, que ahora  
llevaba fija la vista  
en aquel que caminaba  
ante ella, y que encendía  
en resplandores de amor  
sus anubladas pupilas.  
No tardaron en llegar  
a la cárcel. Parecía  
imposible resistiera  
la madre a tal amargura.  
Mas antes que se cerraran  
aquellas puertas macizas,  
aún encontraron sus labios  
una pálida sonrisa  
para el hijo, al que el dolor,  
aunque tarde, redimía.  
Fue el camino, al regreso,  
silencioso cual la ida,  
bajo un sol abrasador  
que lastimaba la vista.  
Ya los ojos de la madre  
no clavaban sus pupilas  
arrasadas por el llanto,  
con ansia en la lejanía,  
veladas por el dolor  
y hacia la tierra abatidas,  
era su rostro el reflejo  
de una tristeza infinita.  
Ya la tarde comenzaba,  
cuando llegaba la artista

a su casa, sudorosa,  
pálida y entristecida.  
Besó la mano a su padre,  
desprendióse la mantilla,  
y, penetrando al taller,  
tomó en sus manos arcilla  
y dio comienzo a un boceto.  
Trabajaba, deshacía,  
volvía a empezar de nuevo,  
y mezcladas con la arcilla  
iban abundantes lágrimas  
de sus ojos desprendidas.  
A veces, entre sollozos  
exclamaba: —¡Madre mía!  
¡Si su dolor fue tan grande!,  
¿cómo tu dolor sería  
siendo tu Hijo Dios mismo  
y limpio de toda culpa?—  
La tarde fue declinando,  
y a la luz de una bujía  
continuaba el trabajo,  
entre lágrimas, la artista.  
Muy avanzada la noche,  
llorosa y descolorida,  
se retiraba a su alcoba,  
temblorosa y dolorida.  
Penetró Pedro Roldán  
en el taller, y su vista  
quedó absorta ante el boceto  
que terminado lucía,  
como flor maravillosa,  
a la luz de su bujía.  
Contemplábale extasiado.

Jamás sus manos de artista  
de renombre sin igual,  
hicieron tal maravilla,  
ni jamás vieron sus ojos  
de tal modo confundidas,  
la amargura del dolor  
con la majestad divina.  
Meses después, los Hermanos  
de la nueva cofradía  
de Nuestro Padre Jesús  
del Silencio, se reunían  
en la casa, para ver  
terminada la escultura  
de la Virgen Dolorosa,  
que encargaran a la artista,  
y que pronto, trasladada  
iba a ser y bendecida.  
En el taller penetraron,  
y hacia la hermosa escultura  
que, cubierta con el manto,  
se alzaba en una tarima,  
acercáronse. El asombro  
que aquella faz peregrina  
produjo en ellos, fue tal,  
que voz ni palabra alguna  
cortó el silencio. La imagen  
que contemplaban, tenía  
una expresión de dolor  
sobrehumano. Parecía  
que, a impulsos de aquel dolor,  
en estertor de agonía  
se levantaba su pecho.  
Por las lágrimas vertidas,

grandes círculos morados,  
en torno de sus pupilas  
quedaron, como honda huella  
del pesar que le afligía.  
Y aquellos ojos que, al frente  
miraban sin ver, tenían  
arrasados por el llanto  
¡una divina locura!  
Arrancándose al embrujo  
de aquella faz peregrina,  
habló el Hermano Mayor:  
—Nunca vi tal en mi vida.  
Al mirarla, se comprende  
lo que esta Madre divina  
sufrió por nuestros pecados.—  
Y volviéndose a la artista:  
—Que vuestras manos, señora,—  
prosiguió —Dios las bendiga.  
¡Quien talla de esta manera  
lleva su alma en la gubia!  
Volviéndose a los cofrades,  
señalando la escultura:  
—¿Con qué hermosa advocación—  
—les dijo— al ser bendecida,  
la llamaremos?— Llegóse  
a la escultura la artista,  
y con la voz temblorosa  
y arrasadas las pupilas:  
—¡Ya tiene nombre —les dijo—.  
—Al moldearla en arcilla,  
un recuerdo de una madre  
cuyo cáliz de amargura  
vi beber, y que al sepulcro

siguió al hijo ha pocos días,  
la bauticé con el nombre  
que compendiaba su vida  
mezcla de amor y dolores.—  
—¿Y es ese nombre? —¡Amargura!—  
Hubo un silencio. Los ojos,  
fijos en la faz divina  
prosiguieron, y los labios  
de aquella mujer artista  
murmuraron quedamente:  
—¡Madre de amor y amargura,  
dolores como los tuyos  
no los hubo madre alguna!—

\* \* \*

Lo que es el dolor de madre  
¡de amor divina locura!  
puede decir el que viera  
la Virgen de la Amargura.

*Carmen García Bravo-Ferrer*  
(«Lágrimas. Leyendas de Semana  
Santa», Sevilla, 1942)

## CARIDAD RECOMPENSADA

Cuenta Mons. Dorousseau, Obispo de Tournai, en Bélgica, que un compañero suyo de la infancia, en Hall, donde existe un santuario de la Santísima Virgen, siendo niño aún, se cayó a un río. La niñera perdióle pronto de vista. Pero un hombre que pasaba por allí, viendo al pequeño en el agua, se arrojó al río y lo salvó. El niño, incapaz de dar el nombre de sus padres, indicó a medias palabras la dirección de la casa en que vivía, y pudo ser entregado a su madre.

Ofrecieron dinero al generoso salvador, pero éste lo rehusó. Le pidieron que al menos recibiese, como recuerdo, la medalla que el niño tenía al cuello y dijese todos los días: «Nuestra Señora de Hall, ruega por nosotros».

El hombre, haciendo un gesto de desprecio, añadió:

—No tengo fe en estas cosas.

Iba ya a retirarse, cuando la madre del niño insistió:

—No puede usted marcharse sin llevar un recuerdo del pequeño. Tome, tome esta medalla.

—En fin —repuso—; este niño me interesa, ya que le he dado de nuevo la vida. Esto no me va a hacer ningún mal; así, ¿qué tengo que decir?

—¡Nuestra Señora de Hall, ruega por nosotros!



—¡Está bien; aceptado! Y se retiró sin que nadie volviera a saber de él.

El niño se llamaba Hubert. Más tarde, entró en la Orden de los Premonstratenses e hizo sus estudios teológicos. Al acercarse su ordenación sacerdotal, sintió vehementes deseos de hacerse misionero. Esta idea era una verdadera obsesión.

Pero la Orden Premonstratense no tenía en aquel tiempo misiones en parte alguna. Los superiores juzgaron sus deseos una mera tentación. Recibió la ordenación sacerdotal.

En una ocasión, ya sacerdote, cayó gravemente enfermo de cierta molestia misteriosa, que los médicos no acertaban a diagnosticar. Uno de ellos aventuró cierto día su parecer:

—Tal vez un clima muy caliente podrá salvar al enfermo.

Los superiores quedaron perplejos, sin saber a dónde enviar al paciente... Providencialmente recibió el Padre Superior por aquellos días una carta. Venía de la colonia del Cabo, en el Africa del Sur, y decía entre otras cosas:

«¿No podría usted enviarnos alguno de sus Padres? Estoy solo, en un gran hospital...»

El doliente mejoró de forma que pudo emprender el viaje y partió; le guiaba la providencia, la economía milagrosa de la gracia de la Santísima Virgen. En el hospital de la misión mejoró aún con mayor rapidez.

Un día la enfermera envió a llamarle con toda urgencia:

—Padre, un viajero ha sido recogido en el camino, va a morir. Habla una lengua desconocida.

Parece que blasfema...

El Padre Hubert corrió a la cabecera del enfermo. Sin embargo, su presencia irritó más al doliente. Todos los recursos que quiso poner en práctica resultaron estériles. Para no ocasionar mayores blasfemias, el Padre Hubert iba a retirarse con el corazón angustiado.

Al dirigir su última mirada al moribundo, vio que una cosa relucía en su pecho. Volvió sobre sus pasos y dijo al enfermo:

—Amigo mío: tenéis una medalla de María, señal de que la amáis. Estáis salvado...

El enfermo, algo más tranquilo, dijo...

—Esta medalla tiene una historia. Es el recuerdo de un niño a quien salvé yo en un río. Por causa de esta medalla, todos los días digo estas palabras: «Nuestra Señora de Hall, ruega por nosotros...» Pero ¿por qué lloráis?

—Aquel niño soy yo —repuso el sacerdote—. Mi madre me contó cien veces esa historia y la Santísima Virgen me ha traído al Africa, misionero de una sola alma, para salvar a mi salvador...

El holandés también comenzó a llorar, la gracia se había apoderado de su alma, y, arrepentido, recibió el perdón sacramental.

El Padre Hubert, completamente restablecido, regresó a Bélgica, dos veces salvado en el cuerpo por aquel cuya alma había salvado prodigiosamente la Santísima Virgen.

## **LAS LAGRIMAS DE LA VIRGEN**

**Evocando la exclaustración de los monjes jerónimos,  
acaecida en septiembre de 1835, en el Santuario  
de Guadalupe, Cáceres**

### **I**

Serena estaba la noche,  
plácida, azul, estrellada,  
mecida al son blando y lento  
de los arrullos del aura.

La luna en los corredores  
urdía encajes de plata,  
el jardín era un ensueño  
que al hombre Dios regalaba.

¡Cómo el monje discurría  
entre la fronda aromada  
respirando aquel ambiente  
saturado de fragancias!

Noches augustas de julio,  
noches de dulces nostalgias;  
de místicos soliloquios  
entre el Amado y el alma...

Mas ¡ay! aquesta ventura

muy pronto se vio turbada  
por nubes de torvo aspecto  
que el horizonte enlutaban.

Se fue extendiendo la sombra  
sobre vetustas moradas  
y un aire maligno y seco  
la voz ahogó en las gargantas.

Resolvióse la tormenta  
en horrísonas descargas  
y mil seres ofrendaron  
en holocausto sus almas.

Borrón que empañaste un día  
la blanca historia de España:  
¡aun tienes, al recordarte,  
sabor a sangre y a lágrimas!...

## II

En este gran Santuario  
—orgullo de nuestra Patria—  
clavó la sangrienta fiera  
sus duras y crueles garras.

También el águila altiva  
que se enseñoreó del mapa,  
pretendió borrar el nombre  
de Guadalupe, el alcázar

donde atiende nuestras penas,

vertiendo arroyos de gracias,  
la Madre de Extremadura,  
la Reina de las Españas...

Se marcharon, sí, sus hijos...  
¡Qué dolorosa y amarga,  
qué triste la despedida  
de esta mansión veneranda!

«¡Adiós, Monasterio insigne!  
¡Adiós, Solar de la Raza!  
¡Relicario de grandezas  
por todos tan despreciadas!

¡Adiós, venturosos claustros,  
de las artes filigrana!  
¡Adiós, Virgen Morenita,  
Señora de nuestras almas,

nuestro amparo, nuestra guía,  
consuelo en nuestras desgracias!  
¡Madre!, al dejarte, se rompen  
en pedazos las entrañas!...»

Miradlos: van en dos filas,  
con las capuchas caladas,  
el breviario en las manos,  
llenos los ojos de lágrimas...

Rezan la última Salve  
a la Virgen Soberana...  
Pero allí callan los labios,  
el corazón es el que habla...



*Las Lágrimas de la Virgen*

### III

Quedó la iglesia desierta...  
En la plaza resonaban  
el estruendo y vocerío  
de las turbas desalmadas...

Se oía el chisporroteo  
de las moribundas lámparas,  
y allá, en lo alto, la Virgen  
en su soledad amarga...

De pronto en sus claros ojos  
brillaron dos perlas blancas  
que cruzaron temblorosas  
la tez negra de su cara,

cual dos estrellas fugaces  
en noche tranquila y diáfana...  
Y, rodando, a caer fueron  
en la bandeja de plata

que al servicio del Sagrario  
en el altar siempre estaba...  
Jesús recibió la ofrenda  
de su Madre inmaculada:

¡Dos lágrimas de perdones  
para las almas ingratas!  
¡Para sus hijos amantes  
dos lágrimas de esperanza!

*Fr. Antonio Corredor*  
*O.F.M.*

## **¡QUIERO VERTE, MADRE MIA!**

Era el último día del mes de abril: aquella tarde habían colocado los novicios de mi convento a la Inmaculada sobre majestuoso trono, bajo un dosel magnífico sembrado de estrellas, para celebrar con solemne pompa el Mes de María; el altar estaba cubierto de candelabros llenos de luces y de flores olorosas, que embalsamaban el templo con su fragancia.

Estaba tan hermosa y agraciada la imagen de la Purísima Concepción que, al decir de los novicios, parecía hecha por mano de los mismos ángeles. Aquel rostro soberano, que refleja como limpio espejo la luz increada; aquella frente serena, trono y asiento de la pureza misma; aquellos ojos que se elevan dulces y suplicantes como pidiéndole al cielo bendiciones para la tierra; la rubia cabellera, que, en graciosas ondulaciones, descende sobre los hombros; aquellas manos cruzadas sobre el casto pecho en actitud arroba-dora; el manto azul cayendo en elegantes pliegues sobre la túnica blanca; todo aquel conjunto maravilloso indicaba que la belleza por él figurada había bajado del cielo.

Pero no todos los novicios veían lo mismo en aquella imagen prodigiosa. Había uno, cuya mirada de ángel descubría más allá de la hermosura física, un no sé qué, que le dejaba embelesado,



cada vez que contemplaba la imagen de María; y que siempre que se apartaba de ella, le hacía exclamar: ¡Quiero verte, Madre mía!

Todos ellos hicieron aquella noche firmes propósitos de honrar a la Reina del Cielo, cuanto pudieran; todos se prepararon con fervor después de Maitines para comenzar santamente el nuevo mes de Mayo; todos se despidieron afectuosamente de la Virgen, pidiéndole su bendición para irse a descansar; pero uno solo fue el que le dijo: ¡Quiero verte, Madre mía!

Un silencio sepulcral comenzó a reinar en los largos dormitorios, por los cuales parecía que se paseaba el ángel del sueño, llevando la calma y el descanso en el leve movimiento de sus alas: y nuestro novicio se durmió rezando el «Bendita sea tu Pureza». Algunas horas después, sintió que lo llamaban para que fuera al jardín a coger un ramo de flores odoríferas para el altar de la Inmaculada.

Cuando el obediente joven llegó al jardín, ya la aurora blanqueaba el horizonte y derramaba sobre las flores del vergel blancas perlas de rocío. Dirigió su vista hacia el Oriente y exhaló con un suspiro su plegaria favorita: ¡Quiero verte, Madre mía!

Aún no había pronunciado la última palabra, cuando vio venir por el espacio una columna de espumosa niebla, cual si estuviera formada de transparente gasa, matizada con los colores del arco iris. La niebla quedó suspendida del cielo, cual preciosísimo toldo, que cubría el convento y el jardín, donde se hallaba el novicio, el cual,

inmóvil y estupefacto, contemplaba aquel fenómeno, diciendo: ¡Quiero verte, Madre mía!

Resplandores vivísimos, que fueron creciendo hasta deslumbrar su vista, inundaron la huerta y el monasterio. Un perfume delicioso se difundió por los aires, y sintió que las hojas de los arbustos comenzaron a moverse, no como cuando el viento las agita, sino trémulas y suaves, como si de placer se estremecieran. Alrededor de la nube percibía un rumor semejante al que producen las alas de los serafines, cuando vuelan por el aire: y él, entretanto, suspiraba. ¡Quiero verte, Madre mía!

De repente se rasga la nube y aparece ante sus ojos la Reina de la creación, coronada de astros resplandecientes; la luna le servía de pedestal, y, bajo sus plantas, yacía aplastada la cabeza de la infernal serpiente; irradiaba su semblante luz divina y tenía clavados en el cielo sus azules ojos, que reflejaban la dicha de un éxtasis de amor: su túnica preciosa, tejida de lirios y azucenas del paraíso, era más blanca que la nieve de los collados eternos, y su manto más celeste y más hermoso que el azul del firmamento, nimbos de luz rodeaban su faz encantadora y espíritus angélicos le cantaban el himno de la pureza. «¡Tota pulchra es, María!»

El novicio cayó de rodillas ante aquella visión misteriosa; cruzó sus manos, elevó al cielo su mirada y oyó que una voz más suave que los conciertos celestiales, le decía: «¿Quieres verme? ¡Pues aquí me tienes!

De nuevo comenzaron a moverse las hojas de

los arbustos, se oyó el ruido de las alas angélicas, disminuyeron los resplandores y empezó a cerrarse la nube. Un momento después, niebla, gasa, luz, colores, todo desaparecía del horizonte y sólo se oía el lánguido y lejano eco de la música celeste que cantaba a la Madre de Dios la «¡Salve Regina, Mater misericordiae!

El novicio volvió a exclamar: ¡Quiero verte, Madre mía! y la misma voz de antes le contestó: ¿Quieres verme? Pues imita mis virtudes y me verás eternamente.

En esto el desapacible sonido de la matraca que tocaba el despertador por los claustros, despertó a nuestro joven, que no sabía lo que le pasaba. ¡Qué lástima! ¡Todo había sido un sueño! ¡No más que un sueño! pero de esos que siempre dejan en el alma gratos y duraderos recuerdos.

Levantóse presuroso y se dirigió a la iglesia para saludar a la Virgen María, y le pareció que los labios de la sagrada imagen se movían diciéndole: ¿Quieres verme? Pues imita mis virtudes y me verás eternamente.

Desde entonces, siempre que mira a la Inmaculada, le parece sentir en el fondo de su alma esta pregunta: ¿Quieres verme?

Y él contesta entusiasmado: ¡Quiero verte, Madre mía!

*Fr. Ambrosio de Valencina*  
*O. F. M. Cap.*

## ÍNDICE

El retrato de la Virgen María . . . . .	3
Leyendas de la Virgen María . . . . .	7
La leyenda antigua de Santa María de Guadalupe . . . . .	10
El celestial regalo . . . . .	25
El niño judío salvado por María . . . . .	31
Bajo el manto de María . . . . .	37
Historia de un doble milagro . . . . .	40
Santa María . . . . .	45
La pastorcilla de Olite . . . . .	47
Nuestra Señora de la Hoz . . . . .	57
¡Covadonga! . . . . .	62
La Virgen de la Almudena . . . . .	68
La Virgen morena de Montserrat . . . . .	75
Laudes de primavera . . . . .	81
El canto de la «Salve» . . . . .	88
¡Madre de los Desamparados! . . . . .	97
La Virgen de las azucenas del árabe Amir . . . . .	103
La Virgen de la Puñalada . . . . .	108
El juglarcillo de la Virgen . . . . .	118
La Virgen del Valle . . . . .	131
Nuestra Señora de la Familia . . . . .	143
El Angelus . . . . .	148
El sueño de Marta . . . . .	151
La Virgen nunca desatiende a sus devotos . . . . .	155
La Virgen de Chilla . . . . .	162
La Virgen de la Esperanza . . . . .	166

Canto de la golondrina . . . . .	176
La Virgen del Puig de Pollensa . . . . .	179
La Virgen de la Amargura . . . . .	187
Caridad recompensada . . . . .	202
Las lágrimas de la Virgen . . . . .	205
¡Quiero verte, Madre mía! . . . . .	210